

RESEÑAS

GORDON K. LEWIS, *Puerto Rico: Freedom and Power in the Caribbean*.
Monthly Review Press, New York, xii, 626 pp. \$10.00*

EL profesor Lewis, de la Universidad de Puerto Rico, cuya formación es la de un científico de la política, ha producido un estudio masivo (626 págs.) de Puerto Rico, masivamente documentado (745 notas al calce), que va más allá de la ciencia política, estrechamente concebida. En 24 capítulos desbordantes de datos y opiniones, el profesor Lewis emprende cuatro tareas principales: estudiar la vida de Puerto Rico en todos sus aspectos; enmarcar sus hallazgos en el cuadro de la región cultural del Caribe; explorar la relación colonial de Puerto Rico con los Estados Unidos; visualizar la isla como modelo del encuentro entre las sociedades desarrolladas y subdesarrolladas del mundo. Ha logrado sus metas y su libro es importante, en mi estimación.

El profesor Lewis organiza su presentación en tres secciones, tituladas: El Pasado, el Presente, y el Futuro. La Segunda Parte es muy informativa. Allí el profesor Lewis describe plenamente las circunstancias económicas y políticas de la vida contemporánea de Puerto Rico. En las tres partes, sin embargo, el tema central es la situación de dependencia económica y política de la Isla en relación con los Estados Unidos y las consecuencias —especialmente culturales y psicológicas— de esta dependencia. Era de esperarse que la valoración que el autor hace de la influencia y del poder de los Estados Unidos fuera muy crítica (y razonable), pero se distingue por la bien perfilada conciencia de los efectos positivos de la hegemonía norteamericana. La cuestión crítica que emerge tiene que ver con el *status* futuro de la Isla. Aunque el profesor Lewis nunca desconoce los nexos estrechos entre la política y otras instituciones, su argumento exige respuestas políticas. Se pregunta en qué debiera Puerto Rico, como sociedad total, aspirar a convertirse. Concluye que Puerto Rico debiera aspirar a determinar su propia constitución política, y, por lo tanto, su propia

* Reseña de Sidney Mintz, del libro de Gordon K. Lewis, *Puerto Rico: Freedom and Power in the Caribbean*, traducida al español para la *Revista de Ciencias Sociales*, por José Emilio González.

cultura. Debiera llegar a ser independiente. Cualquier análisis crítico de Puerto Rico tiene que enfrentarse a esta conclusión, que es defendida elocuentemente. El efecto mayor del libro se deriva de su capacidad de persuasión.

El autor demuestra que desde su conquista original por los españoles hasta el presente, Puerto Rico ha sido un peón en las vastas partidas imperiales. Puerto Rico ha compartido muchas cosas fundamentales con el resto del Caribe: la situación subtropical, la insularidad, la sujeción política, la importancia social y psicológica de la esclavitud y de las diferencias físicas humanas, el predominio del monocultivo en la agricultura y la economía de plantación. En otros sentidos, igualmente importantes, Puerto Rico posee una individualidad y una personalidad, por así decirlo, propia, formada por su historia y encuadrada en el marco de su situación actual. El profesor Lewis se abre camino hábilmente entre los parecidos caribeños fundamentales con el fin de darnos el matiz propio de la particularidad puertorriqueña. En el siglo diecinueve, la emergencia del régimen de las plantaciones de caña de azúcar siguió a varias centurias de aislamiento relativo y la isla recapituló en parte la historia anterior de sus vecinas antillanas. A diferencia de las islas inglesas, holandesas y francesas, sin embargo, la "plantocracia" puertorriqueña tuvo que encarar la impopularidad creciente de la esclavitud y el comercio de esclavos. Por lo tanto, sus urgentes necesidades de mano de obra fueron satisfechas en gran medida por medio de la degradación de ciudadanos libres pero sin tierras y legalmente indefensos. Este acontecimiento, que en realidad implicaba una traición legislativa de sus propios criollos, es sólo una pieza de evidencia para el dilema moral de los líderes políticos puertorriqueños en aquellos tiempos. A lo largo del siglo diecinueve, los liberales de Puerto Rico lucharon con su propia ambivalencia colonial. El profesor Lewis señala la "hispanofilia intratable" (p. 62) del pensamiento político puertorriqueño de aquel siglo. Es posible que algunos eruditos puertorriqueños encuentren que ésta es una píldora amarga de tragar, pero se halla substanciada por el análisis retrospectivo imparcial. El centralismo del régimen español convirtió en una burla la filosofía de la reforma de los políticos insulares. El profesor Lewis, sin temor o favor, exorciza el espectro de la alegación, tan estimada por los "antiyanquis", de que si se hubiera dado una oportunidad a la Carta Autonómica de 1897 de ser probada, el resultado habría sido una autonomía genuina para Puerto Rico bajo España (p. 65).

Los capítulos cuatro al siete documentan la experiencia puertorriqueña bajo el régimen norteamericano hasta el ascenso del Partido Popular. El profesor Lewis meticulosamente evade formular generali-

zaciones rampantes sobre ese régimen. Demuestra cómo el imperialismo de los Estados Unidos creció y las justificaciones racionales elaboradas que fueron urdidas para defenderlo. Distingue cautelosamente entre señorío político —caracterizado por largo tiempo por consecuencias desafortunadas en cuanto a patronazgo y abandono— y la penetración poderosa e implacable de las fuerzas económicas. Subraya los beneficios, en campos como la educación y la medicina, del poderío norteamericano, al paso que pone énfasis en que una porción muy pequeña de la riqueza, forjada en Puerto Rico, fue empleada por el gobierno o por cualquier otra entidad para satisfacer las necesidades básicas del pueblo. Es muy impresionante su acusación contra aquellos “corredores de bolsa de la cultura” —para usar la frase de Eric Wolf— que se unieron a sus conquistadores en el desconocimiento de la reforma genuina, mientras que engordaban al amparo de una situación donde no existía la comprensión recíproca. Tal vez son estos los mejores capítulos del profesor Lewis. Por efecto de su imparcialidad logra condenar muy eficazmente a los que esgrimen el poder o responden a éste como si no tuvieran voluntad propia, pero su manera de enfocarlo se convierte en una calibración de personalidades o en un “pastiche” de bien pulidos retratos de carácter.

El año de 1940 marcó un giro decisivo en la política insular y en la relación de Puerto Rico con los Estados Unidos. La cuestión del *status* —ya fuera en pro de la independencia, de la estadidad o de la continuación de lo que un estudioso puertorriqueño llamó “el interinato permanente”— fue echada a un lado durante la emergencia del Partido Popular y su consolidación en el poder. Los populares tenían primero que ganarse al electorado y luego crear la legislación para cumplir sus promesas. En el curso de sus victorias y mientras realizaban la Operación Manos a la Obra, la cuestión del *status* fue enfáticamente puesta a un lado. Cuando regresó al horizonte alrededor de 1950, la solución popular fue la creación del *status* de *Commonwealth* actual. Cuando el gobernador Luis Muñoz Marín dijo a sus seguidores que el *status* no era la cuestión, le creyeron. El apoyo notablemente sólido que en las elecciones recibieron los populares, especialmente por parte de las masas rurales, con preferencia a cualquiera otra solución radical del problema del *status*, sugiere muy bien que el *status* no era la cuestión para los votantes. Por lo tanto, es un poco sorprendente leer el aserto del profesor Lewis en el sentido de que “. . . sigue siendo una cuestión sin resolver si aún la magia de los populares podrá permanentemente solucionar el conflicto que alienta en muchos corazones puertorriqueños entre *un deseo natural de independencia* y un temor ante las vicisitudes que seguramente la seguirían”

(p. 148; subrayado por Mintz). Más curioso aún, el propio análisis que el profesor Lewis hace de la historia y de la política puertorriqueña da la impresión vigorosa de que tal aliento cordial se echa de menos en el récord de Puerto Rico. Aunque muchos intelectuales locales se hallan atormentados por el dilema del *status*, es el propio autor quien señala que el pueblo puertorriqueño y sus líderes nunca han organizado un movimiento independentista que haya tenido amplitud social o raíz en sus tradiciones.

Por lo tanto, es indispensable preguntarnos por qué Puerto Rico debiera ser políticamente independiente y encontrar las bases para la insistencia del profesor Lewis. Aunque el argumento atraviesa todo el libro, llega a una especie de culminación en el capítulo 22: "Puerto Rico y las Américas". Cuando se ha llegado a este punto, ya se comprenden los adelantos que Puerto Rico ha tenido desde 1898. Bajo el poder de los Estados Unidos, la isla emergió gradualmente de una era de maltrato (basada en parte en el abandono, en parte en la explotación descarada) hasta llegar a una de optimismo exuberante, acompañada por algunos avances genuinos en lo político, en lo económico y en lo social. En 1960, el ingreso per cápita —aunque todavía por debajo de Misisipi, el Estado más pobre de la Unión— había subido a \$677, comparado con \$341 en 1950 y \$122 en 1940 (p. 170). El pueblo elige su propia legislatura y gobernador. Son ciudadanos norteamericanos. Rinden servicio en las fuerzas armadas. Migran libremente en ambas direcciones, de la isla al continente. Votan (cuando residen y satisfacen los requisitos locales) en las elecciones de los Estados Unidos. Los progresos en la educación, la salud y los servicios públicos son también significativos. Hay puertorriqueños que ocupan altos puestos administrativos en el gobierno nacional, desempeñan un rol en la formulación de políticas y ven que su isla es elogiada en términos de "modelo" o "vitrina" del desarrollo. Uno se ve obligado a preguntarse por qué está el profesor Lewis tan convencido de que la soberanía política implicaría un adelanto. El autor es elocuentemente sincero: sólo un Puerto Rico políticamente independiente podría descubrir su propia identidad —y esto sería por primera vez. Parece que no hay otro camino para terminar con la ambivalencia y la sofistería del diálogo sobre el *status*; ningún otro camino para que Puerto Rico contribuya hacia la creación de la integridad y unidad del Caribe, aspiración que por tanto tiempo le ha sido rehusada a las Antillas; ninguna otra vía para descubrir las raíces primarias de la cultura puertorriqueña, abandonadas durante centurias y que ahora entierran rápidamente, tal vez para siempre, bajo un alud del peor tipo de "pocho cultura" norteamericana para las masas.

El autor también sostiene que un Puerto Rico independiente podría hacer muchísimo en favor de la política norteamericana en la América Latina y sería beneficioso en otros sentidos a los Estados Unidos. Pero este lector, por lo menos, sigue sin convencerse en cuanto a que tales conjeturas son algo más que migajas para los "realistas" que puedan objetar a la tesis del profesor Lewis. Su inquietud emocional e intelectual es con el significado de tal cambio potencial para el pueblo puertorriqueño. Para poder estudiar el caso, es preciso que uno acepte por lo menos dos supuestos previos que el autor hace: primero, que los Estados Unidos estarían de acuerdo con un Puerto Rico soberano, y, segundo, que aquella nación pagaría el costo de esa soberanía por un tiempo indefinido. Sobre esto, el profesor Lewis escribe (p. 526): "Desde el punto de vista económico, la dependencia forzosa con respecto a la economía norteamericana obliga a Washington a subsidiar, por medio de un tratado económico, la economía insular por lo menos durante un prolongado período de transición". Si uno rechaza cada uno de estos supuestos como ingenuo, no queda argumento alguno. Pero por lo menos es digna de ser intelectualmente examinada la posición del autor, aceptados tales supuestos.

La cuestión entonces se convierte en si la independencia "vale la pena" en términos de los fundamentos culturales y sociológicos que el profesor Lewis ofrece. Aquí uno se ve compelido a comenzar a contestar una pregunta haciendo a su vez preguntas. Primero, uno se pregunta cuán bien el autor cree que conoce a las masas del pueblo puertorriqueño cuando escribe que en su corazón alienta el deseo de independencia. Segundo, uno puede preguntarse cómo está constituida la cultura puertorriqueña que él describe. Las respuestas a estas cuestiones nos ayudarían a ponderar la tesis del profesor Lewis.

Quien escribe esta reseña no conoce de encuesta o cuestionario alguno que demuestre que el pueblo de Puerto Rico desea la independencia, con o sin garantías. El historial de las votaciones y el trasfondo histórico sugieren que otras metas han sido más importantes. Aunque es difícil suponer esas cosas, muy bien podría ser que un anhelo íntimo de independencia fuera sentido en forma intensa en aquellos tiempos en que el pueblo de Puerto Rico sufrió extremadamente mucho, por ejemplo, en los días del Grito de Lares (1868) o durante las vicisitudes económicas y políticas de la depresión de los años treinta. Pero el autor de estas líneas tiene la impresión de que otras cuestiones, experimentadas en forma mucho más concreta, eran las que estaban en juego en aquellos tiempos: en 1868, la esperanza de la abolición de la esclavitud y de las libretas de trabajo; en 1930 y años inmediatos, la necesidad de servicios sociales básicos, en áreas

como la de salud y la de educación, y mayores oportunidades económicas.

La independencia política, de hecho, parece tan a menudo ser un grito de batalla relacionado con otras aspiraciones más tangibles —como la aspiración a comer o de educar a los hijos— que es difícil, en conjunto, pensar sobre ella abstractamente. Aquí, me resulta inevitable recordar mis propias experiencias sobre el terreno en Puerto Rico, al reflexionar sobre el problema. Esas experiencias de 1948-49 tal vez no fueron típicas, pero por lo menos fueron prolongadas y serias y sucedieron en comunidades populosas obreras. Los trabajadores de la caña de azúcar de la costa sur de Puerto Rico, en su mayoría abrumadoramente populares, estaban políticamente muy vivos y muy combatientes en 1948-49; deseaban mayor seguridad económica y social, salarios más altos, mejores oportunidades educativas y económicas para sus hijos, una representación política más completa para las zonas rurales. Los independentistas de las mismas comunidades, una minoría diminuta, casi nunca eran trabajadores manuales. En vez eran estudiantes (veteranos que se beneficiaban del "G.I. Bill"), choferes de taxis, tronquistas, maestros y técnicos semidiestros. Creían que el Partido Popular era traicionero. En momentos de pasión solían referirse a los trabajadores de la caña, entre quienes vivían y a quienes vendían sus servicios, como "animales". Sus ideas sobre Puerto Rico y sobre la cultura puertorriqueña en raras ocasiones habían sido pensadas hasta sus consecuencias o eran consistentes. Algunos hablaban de independencia a cualquier costo, pero daban la impresión de que creían que ellos, por lo menos, no tendrían que pagarlo. Pocos conjeturaban sobre si la sociedad puertorriqueña podría sostenerse sin ayuda económica del extranjero, por lo menos hasta que se lograra una nueva etapa en el crecimiento económico. Nadie parecía darse cuenta de que la acumulación de capital, ya sea por el gobierno o por entidades privadas, es indispensable al crecimiento económico. Muchos rapsodiaban sobre las glorias de Puerto Rico bajo España, pero parecían saber poco sobre la historia de Puerto Rico, salvo los nombres de algunos caciques araucos, de algunos líderes políticos famosos del pasado y algunas fechas. Nadie, por ejemplo, conocía la historia local: la historia de la esclavización virtual de los agregados sin tierra a comienzos del siglo diecinueve, la historia de la destrucción del sistema de haciendas por el poderío de los Estados Unidos, la historia del Partido Socialista en la costa sur. Nadie participó en discusión intelectual alguna con los proletarios populares locales. Nadie estaba dispuesto a cortar caña junto a "esos brutos" con el propósito de discutir de política. Lo que es más decepcionador, su denuncia enteramente jus-

tificada del racismo del Ejército de los Estados Unidos solía terminar revelando que lo que más odiaban era que *ellos* habían sido clasificados como negros, no que todo el sistema vicioso era imperdonable. En una palabra, eran dignos de compasión, y, además, políticamente eran ineficaces. Ahora, hay que insistir en que nada de esto contamina la dignidad del movimiento de Independencia o de sus líderes en Puerto Rico. Pero sí sugiere que el movimiento ha fracasado casi por completo en obtener un apoyo genuino en los sectores más grandes y más desvalidos de la población de la isla. El libro del profesor Lewis, tan ricamente documentado, nada dice que contradiga este aserto, y si individuos como los antes descritos pueden ser identificados como "el pueblo de Puerto Rico", muy poco hay que añadir.

Cuando el profesor Lewis habla de cultura puertorriqueña, no define lo que él quiere decir, pero utiliza el término "cultura" en por lo menos dos modos diferentes. El autor de esta reseña tiene que ser temerario en su empeño por esclarecer la definición de "cultura", ya que el profesor Lewis desdeña "las onerosas limitaciones de la mentalidad especialista académica" (p. vii), la "jerga deshumanizante" (p. 19) y "la algarabía incomprensible de la terminología pseudocientífica" (p. 238) de las ciencias sociales. Pero no hay otra manera de valorar lo que dice el profesor Lewis. Por un lado, éste utiliza "cultura" para referirse al producto estético, artístico, literario, etc. de un pueblo. Por otro, lo utiliza para referirse a los modos de vida totales de la sociedad. Al no distinguir claramente entre estos dos usos diferentes, ha confundido la cuestión de Puerto Rico y ha imputado a la cultura puertorriqueña una homogeneidad y una claridad muy cuestionables. Esta confusión se hace muy evidente cuando el profesor Lewis escribe sobre la cultura puertorriqueña al servicio del nacionalismo: "... en el esfuerzo del Caribe por proteger su cultura indígena [*sic*] contra la erosión y el abandono, la defensa más animosa ha procedido de las clases bajas de la región. Las clases media y alta en general han imitado los modelos culturales metropolitanos; hay una profunda verdad en la acusación formulada por el Mahatma Gandhi en el sentido de que 'Somos nosotros, los hindúes que sabemos inglés, quienes hemos esclavizado a la India', y esto se aplica tanto a la sociedad del Caribe como a la sociedad de la India. Fue la clase *jamette* de Trinidad la que mantuvo viva la tradición del Carnaval en tiempos en que la respetabilidad criolla la rechazaba y luego la banda de acero emergió de las lomas Laventine en los años después de la guerra. La tradición musical afrocubana encontró sus más firmes seguidores en el proletariado negro cubano; un caso similar ha ocurrido con las leyendas Maroon de Jamaica y la tradición oral de la

décima en Puerto Rico; y Gilberto Freyre ha señalado en su estudio monumental sobre el Brasil que fue el esclavo africano, no el señor europeo, quien mantuvo viva la verdadera tradición de la agricultura brasileña al seguir cultivando la cosecha nacional de alimentos indígenas. El credo nacionalista obviamente se une aquí a la tradición del radicalismo social. Sería fatal que perdiera esa conexión en el futuro". (p. 545).

Parece que el autor implica aquí que resistir a las fuerzas exteriores que favorecen el cambio sobre la base de los valores superiores de la propia cultura es una especie de radicalismo político. Esto no siempre es así. Más a menudo, el conservadurismo cultural conlleva también el conservadurismo político. Además, es indispensable especificar la clase de "cultura indígena" a que el profesor Lewis se refiere. Consiste de elementos de "cultura folk" y no se identifica necesariamente con cultura "nacional".

Las sociedades se dividen en segmentos por obra de las circunstancias de clase, historia regional, diferenciaciones sociales basadas en el tipo físico, la lengua y otros rasgos. Hasta cierto punto, segmentos diferentes de la misma sociedad manifiestan diferentes (sub-) culturas, aun cuando ciertas características culturales puedan ser compartidas ampliamente. Así, por ejemplo, en el caso de Puerto Rico, los miembros de la clase baja suelen casarse consensualmente, los de la clase alta no suelen hacerlo; aquéllos no usan cuchillos de mesa, éstos sí. Al mismo tiempo, tanto los de la clase baja como los de la alta hablan español, comen arroz y habichuelas, les gusta el café fuerte y tienen compadres.

Es costumbre calificar de "nacionales" los rasgos culturales que son ampliamente compartidos. En algunas ocasiones, uno de esos rasgos, o más, puede convertirse en consigna ideológica —como, por ejemplo, el hablar catalán para los catalanes— pero tales cristalizaciones políticas son el resultado de circunstancias particulares. Aun cuando lo que parece ser un rasgo cultural unitario, en el que participen diferentes sectores de una sola sociedad, sus significados y asociaciones son frecuentemente complejos. Cada puertorriqueño sabe lo que es una décima. Estas canciones "indígenas" arcaicas son estimadas por todos. Pero los miembros de la clase alta sólo las estiman, apenas si las cantan y nunca las componen. Algunos miembros de la clase baja las escriben y las cantan, pero dedican poco tiempo a elogiar sus virtudes "indígenas". Una vez más, los puertorriqueños tanto de la clase alta como de la baja, hablan español y probablemente están unidos en el favor que le muestran por oposición al inglés, pero hablan un español algo diferente y, lo que es más, *lo saben que es así*.

No observar estas cosas es arriesgarse a la imputación de solidaridad e integración con un sistema social cuya cultura está muy diferenciada, a pesar de ciertas toscas uniformidades. Si uno sostiene que la cultura nacional es la cultura "del pueblo" es preciso saber quién es "el pueblo". Entre los proletarios de la costa y los agregados de las montañas hay significativas diferencias en comportamiento y actitudes que los separan, aun cuando miembros de ambos grupos puedan pertenecer a "la clase baja". No sólo es difícil hablar de cultura nacional, pero es dudable suponer que la cultura de una sociedad consista de una serie de estratos superpuestos, diferenciados en términos de clases sociales o económicas.

Aquellos rasgos de la "puertorriqueñidad" para cuya defensa todos o la mayor parte de los puertorriqueños pudieran unirse quedan todavía por descubrir. Hablar español es el mejor candidato. Algunos de los valores más fuertes de los puertorriqueños que han sido observados, como el "culto de la virginidad", el "machismo", la justificación moral del crimen pasional y la subyugación de las mujeres, apenas si nos impresionan como socialmente radicales o elementos para construir una nación. Lo más probable es que fallen en obtener el entusiasmo del profesor Lewis, si reflexiona sobre ellos.

Uno de los aspectos curiosos de la cultura es la manera cómo sus rasgos se entrelazan a menudo para formar complejos o subsistemas de comportamiento. Esta cualidad de la cultura no siempre se puede explicar fácilmente y algunas veces obstaculiza el cambio planeado. Visto desde afuera, y sin una comprensión adecuada de los valores y premisas básicas de un grupo, el entrelazamiento de los rasgos puede aparecer contradictorio, aun irracional. Esto es especialmente verdad cuando el observador tiene sus propias ideas sobre lo que es bueno y es malo para el pueblo. El comportamiento de los puertorriqueños de la clase baja, presumiblemente los portadores de la cultura "indígena", ilustra el problema. Así, por ejemplo, la tolerancia hacia las pataletas de los niños varones, que pueda parecer "socialmente buena", es una característica importante en la crianza de "machos", que puede parecer "socialmente mala". El amor del campesino por la tierra, que puede parecer "socialmente bueno", está ligado a su dominación de los recursos de trabajo de la familia, que puede parecer "socialmente mala". La insistencia del obrero en que su mujer le prepare almuerzos calientes, que puede parecer "socialmente buena", es una manera de él conseguir la obediencia ciega de su esposa, que puede parecer "socialmente mala", y así por el estilo. Por lo menos, estos ejemplos debieran sugerir que la "cultura" es un fenómeno que hay que enfocar con mucha cautela. La "cultura nacional" es todavía

algo más complicado. Es un grave error hablar de unir el credo nacionalista con el radicalismo social sin observar esta complejidad.

Cuando la gente comienza a descartar su cultura, es triste notar la facilidad con que pueden ser tentados por sucedáneos pasmosamente baratos y efímeros en su atracción. Pero el asumir nuevas formas culturales no es sencillamente prueba de que los imperialistas son poderosos, o de que "el pueblo" carece de gusto. Como el que escribe estas líneas y Eric Wolf han dicho en otra parte: "Los nuevos bienes introducidos del exterior . . . no son elementos aislados que se difunden sin otras implicaciones culturales. Un par de zapatos de dos tonos comprados en la tienda, o de espejuelos de sol o de productos enlatados no son meramente nuevos rasgos culturales. También representan participación en un sistema económico y social más grande en que se establecen odiosas comparaciones entre individuos, en términos de su capacidad para el consumo. Los jornales monetarios del obrero de la plantación no sólo lo enfrentan con una opción entre renglones de consumo sino también con nuevas relaciones sociales simbolizadas por los renglones de consumo. Esto propende a modificar los valores culturales iniciales de la fuerza obrera y a ampliar sus horizontes sociales y culturales". Este proceso no se limita a los obreros de las plantaciones o a Puerto Rico o a la esfera de influencia norteamericana. En este punto en la historia, parece ser más bien parte del efecto general de las sociedades urbanas más grandes, más poderosas e industriales en todo el mundo. El que la inundación de Puerto Rico por la cultura de masas norteamericana no sea únicamente un aspecto del *status* político dependiente, es sugerido por la manera cómo los franceses tienen que luchar con un problema parecido; le llaman "*coca-colonialisme*". La cuestión de si los cambios sociales y técnicos, de un tipo considerado *por los participantes mismos* como beneficiosos, pueden ser obtenidos sin renunciar a las más viejas formas culturales es una de las más torturantes de los tiempos modernos. Los puertorriqueños deben contestar, como cualquier otro pueblo, en sus propios términos. Mientras que el *status* político puede que sea pertinente a la respuesta, no hay la menor seguridad de que la soberanía puertorriqueña proveería la mejor solución a *este* problema.

El profesor Lewis ha escrito el argumento más completo en favor de la independencia de Puerto Rico que yo conozca. Pero en ciertos aspectos su obra demuestra que el argumento sólo ha comenzado. La relación entre "cultura folk" y lo que pudiera llamarse "cultura élite" no ha sido ventilada. Se da sencillamente por sentada la naturaleza de "cultura nacional". La estructura de la sociedad puertorriqueña, como se expresa en diferentes tipos de cultura (o diferentes subcultu-

ras), no ha sido esclarecida. El significado de la diferencia entre "cultura" y "sociedad" para un análisis de Puerto Rico —y estos conceptos *No* son meramente algarabía— ha sido desconocido. En particular no se observa el curioso hecho de que "el pueblo" sea en su mayoría del Partido Popular, mientras que las filas independentistas se nutren en otros sectores. Uno se queda preguntando lo que puede significar que "el pueblo" que defiende afanosamente la cultura indígena en Puerto Rico sea del Partido Popular mientras que los que más imitan a la cultura metropolitana son algunas veces los independentistas. El autor debería explicarnos esto.

Algunas observaciones finales tal vez sean procedentes. El autor de esta reseña no puede abstenerse de llamar la atención sobre uno de los pasajes más curiosos del libro. Allí donde se critica el imperialismo cultural y la miopía de los observadores norteamericanos: "En esta coyuntura también [escribe el profesor Lewis] podemos notar la tesis del doctor Asher Tropp de que gran parte de esta suerte de cosas proviene de aquel tipo de intelectual judío norteamericano que se halla peculiarmente incapacitado, emocionalmente, para apreciar objetivamente la tesis puertorriqueña de nacionalismo cultural porque él mismo ha sido formado por su intento de escapar a la cultura judía y al mundo de la judería erudita para penetrar en la corriente principal norteamericana" (p. 523). Puede que esa fuera la tesis del doctor Tropp, pero en vista de que yo la he utilizado antes (en *Caribbean Studies*, Vol. 3 No. 1, p. 104), es necesario presumir que él la encuentra convincente. Puesto que es norteamericano, judío y posiblemente un intelectual el autor de estas líneas no puede menos que preguntarse cuantos "tipos" de IJA puedan existir y cuál es la categoría en qué moro ¿Hay categorías comparables para otras castas étnicas?

El profesor Lewis ha utilizado la literatura existente con minuciosidad formidable pero ha dejado de usar algunas, fuentes que le hubieran sido tal vez provechosas. Por ejemplo, en contestación a su tesis de que en el área de relaciones raciales "... la conspiración del silencio por parte de la mayoría de los puertorriqueños ha sido respetada por el analista norteamericano" (p. 263), podemos citar la obra de Rosario y Carrión, varias ponencias excelentes por Gordon, Rogler y Sereno y algún material en la obra de Steward, *The People of Puerto Rico*.

La discusión de la estructura de la familia y de sus normas falla al no utilizar fuentes disponibles, especialmente los ricos datos comparativos y análisis sobre otras islas del Caribe, como los de R.T. Smith, M.G. Smith, K. Otterbein y W.H. Davenport. Aun la obra de los estudiantes de Steward y de D. Landy y K. Wolf sobre Puerto Rico

no ha sido completamente aprovechada por el autor. Así, por ejemplo, a la página 265, la mujer "en los niveles proletarios ha tenido el *status* de casi un bien mueble", mientras que en la p. 268 dice: "Ya disfruta de un *status* casi igualitario en los hogares de la clase trabajadora de las tierras bajas rurales y en los distritos urbanos, donde los recursos de vivienda más congestionados, las facilidades mejores de educación para sus hijos y las oportunidades de empleo para mujeres fuera de sus casas son todos factores que conspiran para afectar el patrón tradicional". Uno de los rasgos fundamentales de esta "conspiración" es que el proletario de las tierras bajas *no posee tierra* y así ha sido por algún tiempo. En conjunto, los capítulos 12 y 13 sobre Clase y Comunidad y sobre Familia, Religión y Raza son probablemente los más débiles en el libro, aun cuando aparezcan en la mejor sección del mismo. Esto tal vez refleje el hecho de que el profesor Lewis tenga menos familiaridad con los conceptos y objetivos de la antropología y la sociología, aunque no se ahorra críticas a estos campos, algunas justificadas.

El autor de este libro ciertamente ha utilizado bien las fuentes publicadas, incluso relatos de viajeros, documentos del gobierno y bellas letras. También aprovecha bien su propia experiencia personal de Puerto Rico, muy duradera, incluso sus discusiones con muchos puertorriqueños que dedican pensamiento a estos problemas y con observadores norteamericanos, discusiones que han debido haber sido muy penetrantes en el análisis del tenor y de las tonalidades del pueblo puertorriqueño. Sus críticas a gran parte de lo que se ha escrito son francas, a menudo devastadoras. De hecho, aquí o allá uno tiene la impresión de que otros eruditos no han escrito los libros que al profesor Lewis le hubiera gustado leer, y algunos han fracasado, con menos justificación, aun cuando lo hicieran. Nos enteramos de que "el estudio de Columbia University en 1949, *The People of Puerto Rico*, fue limitado por su preocupación primaria con el análisis de subsecciones culturales de la experiencia nacional desde un punto de vista antropológico" (p. 21), pero más tarde se cita con aprobación el mismo estudio (p. 247) precisamente porque documentaba una tendencia general en la sociedad a la dependencia económica y hacia las formas culturales norteamericanas. El profesor Lewis también flagela *The People of Puerto Rico* por su "frío cientificismo" y sus cualidades "esencialmente deshumanizadoras", aunque él sabe bien que algunos de sus colaboradores han tratado después de reflejar la cualidad de individualidad y de calor humano que él exige. Es en relación con esto que el lector puede observar en la exposición del autor la falta de ningún señalamiento confiado sobre los valores, aspiraciones y los

pensamientos cotidianos de los puertorriqueños "ordinarios". He tratado de demostrar que esta brecha tiene una pertinencia muy viva al tema central del *status* político en el cual tanto ha insistido el profesor Lewis, y que esa brecha debilita correspondientemente sus argumentos.

Nada de lo que he dicho debe restar méritos a esta obra importante, muy bien escrita. Se trata de un libro honrado. El profesor Lewis ha expuesto sin vacilaciones los hechos tal como él los ve. Algunos lectores —entre ellos los buenos amigos del autor— sentirán una punzada al leer este o aquel pasaje. Es un libro que no dedica casi tiempo a los debates sobre la "objetividad" que con tanta frecuencia son típicos de la literatura de las ciencias sociales. Cada oración que presenta un hecho ofrece una opinión sobre sus relaciones con otros hechos, y sin apologías. Y es un libro que posee un estilo individual. Aunque algunas de las alusiones pueden involucrar al lector en cosas oscuras, de vez en cuando, éste puede obtener luces amplias hasta en campos que están bien lejos del tema —Puerto Rico— si así lo desea. Ninguna persona seriamente interesada en Puerto Rico, el Caribe o el desarrollo puede atreverse a desconocer esta obra. Los editores, Monthly Review Press, han rendido una labor valiosa al publicar *Puerto Rico*, y el profesor Lewis ha expresado su sentimiento de deuda al pueblo puertorriqueño en la forma más elocuente, por medio de la creación.

SIDNEY W. MINTZ

Yale University

Traducido para la revista de *Ciencias Sociales*, por José Emilio González